

NÚMERO ORDINARIO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Advertencia.—«Las fiestas de toros impugnadas por D. José de Navarrete», por Don Jerónimo.—«Que vuelva Rafael», por E. Churas.—Nuestro dibujo.—Revista de toros (9.ª corrida de abono), por Don Jerónimo.

ADVERTENCIA

El número extraordinario que LA LIDIA publicó el pasado lunes, alcanzó un éxito tan lisongero, que á las pocas horas de su publicación estaba agotada, por completo, la tirada de 20.000 ejemplares.

Sirva esto de contestación á los aficionados y á los señores corresponsales que nos piden ejemplares de dicho número, y tengan paciencia unos cuantos días, durante los cuales nos ocuparemos en hacer una segunda edición.

«LAS FIESTAS DE TOROS

IMPUGNADAS POR DON JOSÉ DE NAVARRETE.»

III.

Los efectos.

Recordamos al lector lo que dijimos al comenzar esta serie de artículos. Procedemos sin orden ni concierto, tomando del folleto del Sr. de Navarrete lo que buenamente acomoda á nuestro propósito, y sin observar método alguno.

El folleto ha causado, entre los aficionados, dos víctimas; poco importante la una, é importantísima la otra. Nos explicaremos.

Es la primera, D. Enrique García Triviño, que ha dirigido al Sr. de Navarrete la siguiente estupenda carta, inserta en la pag. 14 del folleto.

«MADRID 11 DE OCTUBRE DE 1884.

Dices bien, querido José; mi afición á los toros es muy grande; hace dieciocho años que estoy abonado y no pierdo una corrida. Pero por lo mismo quizá que tanto me gustan (no sé por qué), soy á la vez enemigo mortal de la fiesta, y todos los argumentos que se me ocurren, que son muchos, á propósito de la lidia, resultan contrarios á ella, siendo éste su resumen: en una corrida, público inclusive, sólo son dignos de lástima el toro y el caballo, y el único que tiene razón es el toro.

Te advierto que como yo piensan muchos aficionados.—Tuyo, ENRIQUE GARCÍA TRIVIÑO.»

¿Qué pensar de esta carta y de su autor? ¿Qué pensar del aficionado que escribe «por lo mismo quizá que tanto me gustan (no sé por qué) soy á la vez enemigo mortal de la fiesta?»

Esto es el colmo de la paradoja.

1.º Al Sr. García Triviño le gustan muchísimo las corridas de toros.

2.º No sabe por qué le gustan tanto.

Y 3.º Por lo mismo que le gustan tanto, es enemigo mortal de la fiesta.

Y preguntamos nosotros. ¿Está en su cabal juicio el hombre que escribe esa monstruosidad? ¿O es que ha querido dar sencillamente una broma al Sr. de Navarrete?

Nosotros tenemos el gusto de conocer y tratar, aunque no con intimidación, al Sr. Triviño. Sabemos que es un aficionado ocurrente, decididor y que más de una vez ha animado la fiesta con sus dichos oportunos.

Y no nos cabe duda de que en la presente ocasión ha querido *quedarse* con el Sr. de Navarrete: Si no, habría que confesar que el Sr. Triviño raciocina de un modo que está pidiendo á voces duchas de agua fría y mucha gimnasia, para évitarse más tarde la camisa de fuerza.

Y como nos consta que el Sr. Triviño está en su sana razón, preferimos creer que, llevado de su alegre carácter, ha añadido una ocurrencia más á las muchas que aun contiene su abundante repertorio.

De no ser esto así, el folleto del Sr. de Navarrete haría un gran bien purgando la afición de representantes como el Sr. Triviño y todos cuantos piensan como él.

Pero, con todo eso, el Sr. Triviño es un aficionado más ó menos, cuyos dichos en la plaza y opiniones fuera de ella, no trascienden al público, y por tanto, puede clasificarse entre las víctimas poco importantes del folleto *navarretiano*.

La segunda víctima ya es otra cosa. A esta hay que mirarla despacio y tratarla con respeto. Se llama D. Ernesto Jiménez, y es en la actualidad director de *El Enano de Madrid*.

Dignísimo sucesor y pariente de nuestro inolvidable maestro D. José Carmona y Jiménez, cuya entereza de carácter é inteligencia ha igualado, sino superado, el D. Ernesto, tomó éste de manos de Carmona, hace años, la dirección de *El Enano* primitivo, fundado en 1851 por Azcutia y el citado Carmona.

En medio de la borrasca deshecha que la verdad taurina sufre en Madrid, el Sr. Jiménez ha combatido siempre con ánimo esforzado las preocupaciones y la ignorancia del público, y su valiente pluma no ha cejado un punto en la hermosa defensa de la verdad.

Nosotros no conocemos personalmente á don Ernesto Jiménez, y sin embargo, cuántas veces le hemos abrazado mentalmente, al admirar la enérgica concisión de sus apreciaciones y el ardimiento y la pujanza con que combatía contra los apasionamientos sañudos de la escoria de la afición!

Sí; el Sr. Jiménez es una fuerza y una autoridad en la literatura taurina; y escribiendo, como escribe, con más sintaxis que Carmona, ha heredado de

éste el golpe de vista seguro y su integérrima conciencia que no se dobló jamás ante las amenazas ni las adulaciones.

Ya que hablamos de adulaciones, ¿cree el señor Jiménez que le adulamos nosotros? Nada de eso; ya se lo demostraremos más tarde.

Pues bien; D. Ernesto Jiménez es, aunque parezca mentira, la segunda víctima de D. José de Navarrete.

La reacción ha sido espantosa. El que medía con serena mirada todos los riesgos y peligros de la lidia, y dirigía todos sus esfuerzos á inculcar en los toreros los sanos principios del arte; el que aconsejaba á todos la máxima de Pedro Romero, «dar á los toros lo que estos pidan, y dejarse coger para consentirlos»; el que batía palmas al valor y á la inteligencia, y caía airado sobre el miedo y la traición; el que, en una palabra, constituía el baluarte más poderoso del toreo verdad en la prensa taurina, leyó el folleto del Sr. de Navarrete, y ofuscado, mareado, asustado, cogió la pluma y escribió que el Sr. de Navarrete tenía razón de sobra; que las corridas de toros eran un oprobio y una barbaridad; que los toreros incurían en el delito de imprudencia temeraria; que había que embolar los toros ó limarles los pitones, y otras extravagancias del mismo fuste.

Esto dijo el Sr. Jiménez, añadiendo, lo mismo que el Sr. Triviño, que, á pesar de todo, era aficionado entusiasta de las corridas de toros, á las cuales asistía y seguirá asistiendo.

Dijo, en suma, el Sr. Jiménez, que las corridas eran un «oprobio» y una «barbaridad», pero que le entusiasmaban. ¿Sin saber por qué, como al señor Triviño? Es probable.

Y aquí tenemos al Sr. Jiménez, entusiasta del *oprobio* y de la *barbaridad*!

Dígannos francamente los lectores si el caso del Sr. Jiménez no es, como el del Sr. Triviño, un caso de histerismo masculino, ó un caso de demencia, ó un caso de buen humor.

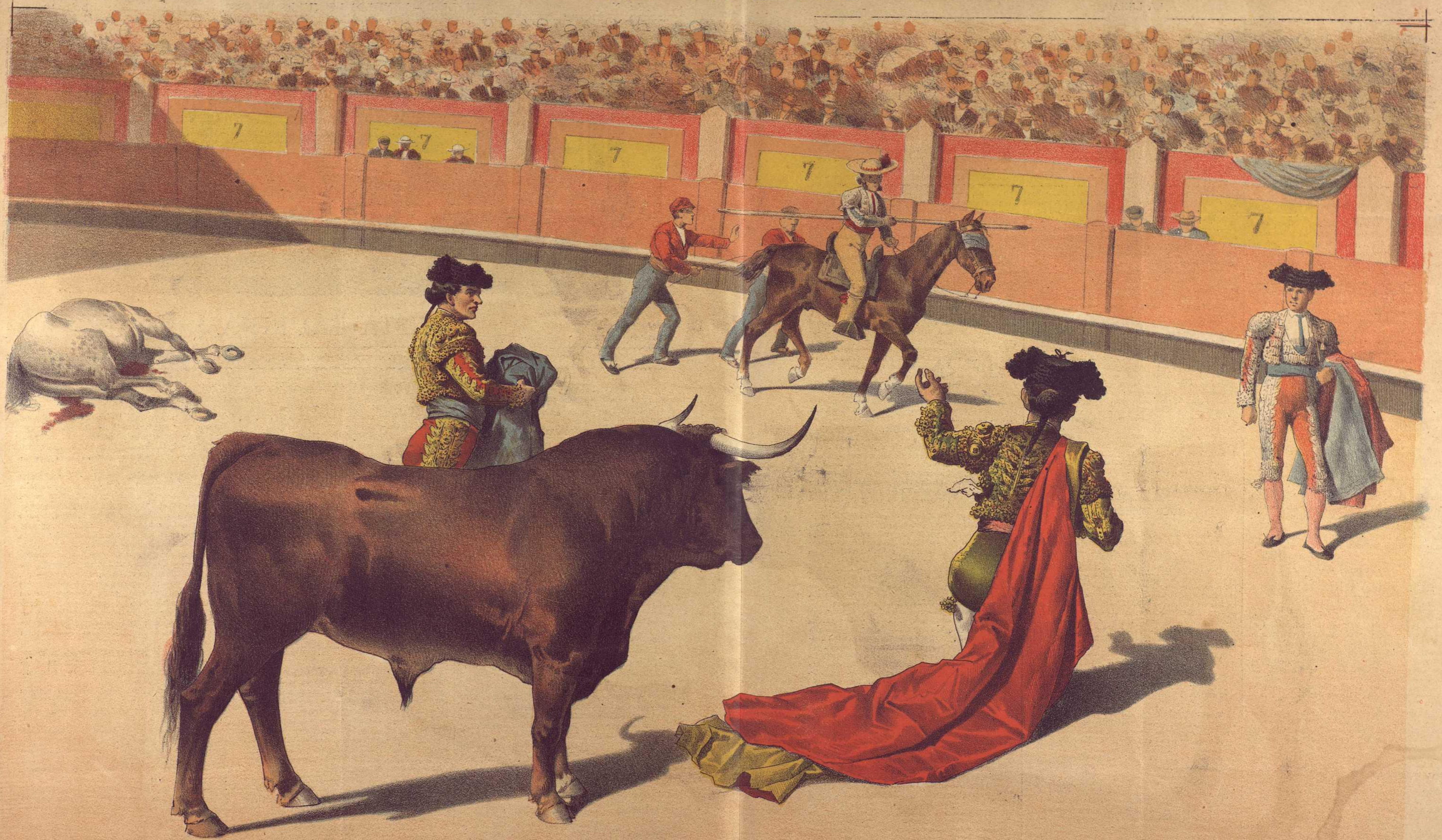
¿Prefender nosotros convencer al Sr. Jiménez? Dios nos libre de semejante cosa, máxime cuando sabemos que el Sr. Jiménez está previamente dispuesto á no dejarse convencer.

Pero sin perjuicio de tratar con más extensión de esta materia, cuando nos ocupemos de la pretendida perversión moral que traen consigo las corridas de toros, séanos permitido hacer al señor Jiménez una pequeña observación.

En la polémica que el valiente y entendido director de *El Enano de Madrid* ha tenido recientemente con nuestro querido amigo D. José Sánchez de Neira, ha creído, sin duda, el Sr. Jiménez poner una pica en Flandes, dirigiéndole las siguientes líneas, como un argumento contundente:

«Que en ellas se pervierte el gusto y se endurece el corazón, es innegable: la prueba la proporciona V. mismo, que fuera de la plaza y en todos los asuntos de la vida ha dado inequívocas mues-

LA LIDIA



Herrera
Lit. de J. Palacios.

UN ACTO DE VALOR DE MANUEL DOMINGUEZ

J. Chaves

Arenal, 27, Madrid.

tras de caridad cristiana, y en el circo taurino, *embriagado* con la sangre y excitado con el espectáculo, ha gritado V. á tal cual diestro en más de una ocasión «¡al patibulo!» Por fortuna, la voz de usted, no muy extensa, sólo la hemos oído los compañeros de palco, y todo ha quedado en casa.»

Fíjense bien los lectores. El Sr. Neira, según afirma el Sr. Jiménez, ha dado «muestras inequívocas de caridad cristiana fuera de la plaza y en todos los asuntos de la vida.»

Hé aquí un argumento que, como las flechas de Covadonga, se vuelve contra su autor y lo hiere mortalmente.

El Sr. Sánchez de Neira, que es un ser angelical, *antes de la corrida*, grita ¡al patibulo! á un picador, *en la corrida*, y resulta, *después de la corrida*, tan angelical como antes.

Ese ¡al patibulo!; esa exageración cómica de un espasmo nervioso accidental, no ha influido absolutamente nada en la belleza moral de Neira, *antes y después de la corrida*. Y el Sr. Neira ha sido, es y seguirá siendo una persona dignísima por todos conceptos, á pesar de gritar en la plaza ¡al patibulo! á un picador que no quiere arrimarse, ó ha rajado á una res.

¿Dónde está aquí la perversión de las costumbres? ¿No es esa la prueba más concluyente de que las corridas de toros no ejercen influencia alguna nociva sobre la moral del individuo?

Ya hemos dicho antes que más adelante hemos de hablar de eso con mayor detención. Hagamos punto ahora para no desflorar el asunto, y vamos á terminar, demostrando que, al elogiar justísimamente las dotes del Sr. Jiménez como escritor taurino, no ha sido nuestra intención adularle.

Adularle! *Cui prodest?* ¿A quién habrían de aprovechar nuestras adulaciones?

Santo y bueno que probáramos traer á buen camino al Sr. Jiménez, si éste hubiera abandonado la crítica taurina. Pero desde el momento en que el director de *El Enano de Madrid* sigue su brillante campaña en el periódico, ¿qué se nos da que le entusiasmen ó no le entusiasmen la «barbaridad» y el «oprobio»?

¿Qué nos importaría que Lagartijo y Frascuelo llamaran barbaridad y oprobio á las corridas de toros, con tal de que siguiesen tocando?

Mientras el Sr. Jiménez tenga en sus manos los chismes de matar, y toro corto y derecho, como lo hace siempre, siga en buen hora echando pestes contra las corridas de toros.

Lo primero es lo único que nos interesa. Lo segundo nos tiene sin cuidado.

DON JERÓNIMO.

¿QUE VUELVA RAFAEL! (1)

En el número 9 del periódico *La Nueva Lidia* aparece un artículo firmado por Pirracas, y titulado *Un recuerdo al cordobés*, en el cual se trata de demostrar la necesidad que siente la afición madrileña de admirar juntamente á Rafael y Salvador en la arena de nuestro circo. Visto bueno, y conformes.

En el curso de dicho trabajo, y á vuelta de algunas atinadísimas observaciones, llenas de buen juicio, hallamos algunos conceptos un tanto tirados por los cabellos, y muchas aseveraciones desposeídas de justa razón, conceptos y aseveraciones que merecen refutarse.

El que esto escribe, aficionado antiguo y entusiasta, es, por convicción, por temperamento y por su modo de ver en la ardua cuestión taurina, frascuelista *enragé*. Pero si ve en Salvador un verdadero torero y un admirable matador de toros, no deja por esto de apreciar y confesar que Lagartijo es hoy indispensable al lado del diestro granadino, que nunca la pasión, en hombres de opiniones honradas, pudo quitar conocimiento. Pero aparte de esto, en lo cual Pirracas y yo marchamos de común acuerdo, en los demás puntos de su largo artículo, nuestras opiniones se separan y dividen profundamente.

¿Por qué el cordobés no figura este año en el cartel de Madrid? ¿Obedece esto acaso á alguna silba injustificada del año anterior, una de esas silbas madrileñas sin motivo manifiesto; que quebrantan y resienten el amor propio de un diestro, por bien sentada que tenga su reputación artística? ¿Obedece á algún acto de la opinión taurina, que hiciese incompatible su trabajo con su permanencia en nuestra plaza? ¿Ha salido de Madrid por los mismos motivos que Antonio el Gordito tuvo para rescindir su contrato seis ú ocho veces? No. Nadie habrá, ni el más levantisco lagartijista podrá probarme que ni una sola vez, ha dejado de usarse con el diestro que nos ocupa la más exigente cortesía. Rafael nos abandonó, porque ha llegado á ese punto

crítico de la vida del hombre en que el trabajo abruma, la afición decae, y la apatía y la inercia se enseñorean involuntariamente de todo su ser.

Añade el articulista que «en las corridas de este año se nota una monotonía abrumadora que hace que los aficionados vayan á la plaza solamente por hábito, etcétera, etc. Casi, casi de acuerdo. Pero, díganos el señor Pirracas, ¿qué hizo Rafael en las veinte y tantas corridas del año último, para ahuyentar esa tristeza que se enseñorea de los ancianos en el momento en que á él no le place trabajar entre nosotros? ¿cuántas veces se abrió de capa en esas dos temporadas? ¿cuántos pares sobresalientes colocó? ¿cuántas faenas de muleta hubo que aplaudirle desapasionadamente? ¿cuántas veces entró por derecho quedándose con los berrendos?»

Y cuenta que nadie se metió con él y él si algunas veces con el público, que en cuanto un toro levantaba más de lo justo la cabeza, ya se gritaba ¡a la olla! grito, que ni por casualidad, hemos oído este año en la plaza, á pesar de haberla pisado a gunos *bucyes* de cuenta; nadie que sepamos vitoreó á Granada cuando algún paisano de Frascuelo puso un par de banderillas en su sitio, no se le dejó de aplaudir el menor despliegue de su artístico capote, no se marchó de la plaza sin ovación delirante la tarde que sacudió algún tanto su inseparable a tonía.

Si Pirracas lo deseara (que no lo deseará) y el director de *La Lidia* lo consintiera (que no lo consentirá), analizaríamos de buen grado y minuciosamente, por partes y en conjunto, el trabajo de Lagartijo durante el año de gracia de 1885. La cosa es curiosa y merece la pena.

Mientras tanto, rogamos al público en general, y á los frascuelistas en particular, traten, por cuantos medios se hallen á mano, de convencer á Lagartijo, volviéndole á colocar en una plaza que adora en él. Yo por mi parte, he de interponer toda mi influencia (que no es mucha), para que así suceda.

En obsequio de esta idea, estoy dispuesto á todo género de sacrificios, incluso el de inundar á Córdoba de memoriales suplicantes, pagar de mi peculio particular un tren exprés que traiga el diestro á Madrid y comprometerme á satisfacer un recargo de cincuenta por ciento en el precio de mi billete de barrera.

Todo esto, para que se convengan de una vez todos los lagartijistas, de que si ellos desean con alma y vida ver de nuevo á Rafael por esta tierra, yo, frascuelista empedernido, lo ansío con vida y alma.

Por esto grito con toda la fuerza de mis pulmones. ¡Que vuelva Rafael!

E. CHURAS.

Madrid 24 Junio 1886.

NUESTRO DIBUJO

El distinguido artista, Sr. Chaves, ha honrado una vez más las páginas de nuestra revista con un dibujo tan interesante como correcto, que representa un acto de valor de Manuel Domínguez.

Toreaba este diestro en Sevilla, el 25 de Setiembre de 1853, en unión de Juan Lucas Blanco, con el que sostenía por aquellos tiempos una formidable competencia, y este diestro, al terminar un recorte, se quedó parado delante del toro á muy poca distancia de la cabeza; acto seguido, Domínguez, al sacar al toro de una vara, se arrodilló de espalda á la res, y á menos distancia de la cuna de la que lo había efectuado su compañero, y en esta situación, llamó al picador de tanda para que se colocase nuevamente en suerte.

TOROS EN MADRID.

CORRIDA 9.^a DE ABONO.—JUNIO 27 DE 1886.

Toros de Doña Carmen García y Hermanas, hijas de Puente López (antes Aleas); cuadrillas, las de Salvador, Cara y Mazzantini.

A las cuatro y media, y con un calor sofocante, rompió plaza

Frascuelo; retinto albardado, listón, buen mozo, apretado de cuernos, caído y corto del derecho. Hizo el primer tercio huído, pero con grandísima cabeza y coraje en las cinco veces que se arrancó á los caballos, dando cuatro tremendas costaladas y matando tres caballos.

Salíó por delante Regaterín con un par trasero al cuarteo, lomando el olivo el toro tras él por la puerta entre el 8 y el 9; siguió Ostión con un par desigual, cuarteando y trasero, y terminó Regaterín con medio par, también cuarteando.

Frascuelo, de verde botella y oro, se encontró huído á su homónimo, que se coló al callejón cuatro veces, y después de un toro muy trabajado, compuesto de 30 pases, lo mató de un pinchazo á un tiempo, saliendo embrocado, y media estocada á volapié en las tablas, que hizo innecesaria la puntilla. (Muchos aplausos.)

2.^o *Culebro*; retinto albardado, sacudido de carnes y cornabierto. Se escupió de tres verónicas, una de farol y una navarra, porque se empeñó Cara-ancha en pararle los pies: fué blando y huído; tomó cuatro varas y dió una caída.

Mojino salió por delante con un par de valiente, al sesgo; siguió Pedro Campos con medio en el brazuelo, también al sesgo, y terminó Mojino con uno al sesgo sobre muy corto y muy bueno. (Muchos aplausos.)

Cara-ancha, de verde botella y oro, después de un tras-

ero corto, compuesto de siete pases, echó á rodar al toro de una gran estocada á volapié. (Aplausos.)

3.^o *Hermosillo*; castaño chorreado, ojo de perdiz, sacudido de carnes y bien armado. Con mucho poder en la cabeza, tomó seis varas, dió otras tantas caídas y mató tres caballos.

Entre Galea y Tomás Mazzantini le pusieron cuatro pares, buenos en su mayoría.

Luis Mazzantini, de chocolate y oro, encontró al toro desafiando y defendiéndose en las tablas, y después de un trasteo de muleta muy medroso y movido, señaló en las tablas una corta y alta, superior, descabellando al segundo intento.

4.^o *Recorto*; negro albardado, buen mozo y bien armado, voluntario, bravo y sin poder. Tomó siete varas, rompiendo en una la vara de Agujetas.

Ostión y Regaterín le pusieron dos pares y medio, corriendo uno superior al segundo, que fué aplaudido.

Salvador, después de un trasteo muy ceñido, dió un pinchazo en hueso á un tiempo, y una buena estocada á volapié, sacando el estoque con la mano y descabellando al instante. (Grandes aplausos.)

5.^o *Corredor*; retinto claro, de libras, muy buena lámina, bien armado, y con un poder monumental; tomó nueve varas, dió seis tremendas caídas, echando en una de ellas al callejón á Agujetas. A petición del público tomaron los palos los matadores: salió por delante Cara-ancha, que señaló un quiebro sin clavar, y puso medio par al cuarteo; siguió Mazzantini con un par delantero, y terminó Salvador con un par orejero, al sesgo, por dentro, tras dos salidas falsas; el toro desarmaba.

Cara-ancha, después de seis pases, hizo una parodia de cite á recibir y se echó fuera y no pinchó; luego dió cinco pases más y se dejó caer en las tablas con una estocada hasta la mano, trasera é ida, y descabelló al segundo intento. (Aplausos.)

6.^o *Rosquillero*; retinto oscuro, listón, de pocas libras y algo cubeto de cuerna, blando y huído. Tomó el olivo por el 3 y por el 9, después de varios intentos.

Tomó seis varas sin novedad.

Entre Tomás Mazzantini y Galea clavaron tres y medio pares, de mucho mérito, y que pasaron desapercibidos.

Mazzantini dió muerte al toro, que estaba manso y huído, de una estocada en hueso, y una honda y trasera, á paso de banderillas.

RESUMEN.

Válganos Dios con la falta de espacio! Tenemos que ser breves á la fuerza. Los toros de la Sra. Doña Carmen García y hermanas, dieron, en general, mucho juego, y se prestaron á todas las suertes. Hay que exceptuar el último, que fué manso, y el primero que se huyó á la muerte. Los demás trajeron las de Caín en la cabeza, para los picadores; baste decir que los toros 1.^o, 3.^o y 5.^o repartieron *diez y seis* costaladas, la mayor parte de órdago, y animaron mucho la corrida.

Salvador. Su primer toro no quería dejarse matar, pero no le valieron sus tretas de res huída para recibir un pinchazo á un tiempo, estando adelantado, lo cual fué causa de que el matador saliera embarullado del encuentro. Después de esta faena el animal se refugió en las tablas y allí hizo Salvador una brega de maestro, consintiendo á su enemigo en su propia defensa y arreglándole la cabeza hasta colocarlo á su gusto. En seguida se arrancó á matar como él solo sabe hacerlo, cuando le dejan colocarse los toros, y afianzó al suyo con media estocada superior en los rubios. Esta fué la faena de la tarde.

En su segundo, que era un baboso, abusó del trapo por jugar como quien lava con aquel borrico, y desaprovechó dos ocasiones en que lo tuvo cuadrado, por hablar con la gente del tendido 3; resabios de otros tiempos que nosotros creíamos que había olvidado Salvador, siquiera por los tremendos disgustos que entonces le acarrearón. La faena con el estoque fué un pinchazo en lo alto, una buena estocada y un magnífico descabello. En las dos muertes fué el matador muy aplaudido y obsequiado con cigarrillos. En los quites, como siempre; en la dirección descuidadote, y con las banderillas... *divino!*

Cara-ancha. D. José, D. José. Bendito sea Dios, que podemos tocarle las palmas. Ayer demostró V. que quería toros; estuvo V. valiente con sus dos babosos; no queremos poner lunares, ni aun á las banderillas, que fueron como las de Salvador... *divinas*. Que sea enherabuena, y vamos á ver si sacudimos esa linfa, que así habrá aplausos, que es lo que nosotros deseamos.

Mazzantini. Muy aprensivo al pasar á su primero, y muy corajudo en la estocada corta, en la cual el toro cerró los huesos. En el último de la corrida aprovechó con inteligencia y se arrancó como se debe arrancar á los toros que corren huídos por el hilo de las tablas. Con las banderillas como Salvador y Cara... *divino*: en la brega, trabajador.

De los banderilleros, sobresalieron: Mojino en dos pares admirables, al sesgo, que clavó el segundo toro; Regaterín en un par al cuarto, y Tomás Mazzantini y Galea, al colocar el primero un par superiorísimo, al sesgo, y el segundo uno magnífico al cuarteo, ambos al último toro.

Mojino obtuvo una ruidosa cuanto merecida ovación; Regaterín oyó muchos aplausos, y á Mazzantini y Galea nadie los miró á la cara. Cuando vimos esto nosotros, que no gritamos nunca ningún viva, exclamamos entonces: ¡Viva Villamelón! Y perdonen ustedes la franqueza.

De los picadores, Agujetas y el Sastre bregaron con voluntad. La presidencia, encomendada á D. Cándido Lara, acertadísima en todo.

El jueves corrida extraordinaria con ocho toros, y Frascuelo, Cara-ancha, Mazzantini y el Espartero.

DON JERÓNIMO.